

Sobre la escuela y los valores

No es fácil, no, encontrar el valor de lo que uno está haciendo.

Ocurre, a veces, que idealizamos la costumbre. Confundimos el deseo inicial con el desarrollo posterior. Carecemos de la suficiente visión crítica que nos permite distinguir entre el ideal auténtico y la realidad disfrazada de sueño, entre lo que hacemos y lo que pensamos hacer.

Otras veces, también, ocurre que despreciamos lo no brillante, lo cotidiano, lo inactual. Confundimos la eficacia con la originalidad, lo auténtico con aquello de lo que todo el mundo habla. Carecemos entonces del criterio dictaminador de lo permanente y lo pasajero.

Por eso es difícil encontrar el valor de nuestras obras.

En nuestra escuela, paralelamente, podemos confundir lo valioso con lo garantizado por la tradición, con lo organizado, jerarquizado, clasificado, orientado y previsto. En nuestra escuela, así, perdemos una real distancia entre el auténtico valor y los motores de nuestra acción.

Como en el fondo a nadie le agrada poner en tela de juicio la verdad de su obra, fácilmente llamamos humanista o comprometido o testimonial o evangélica a una realidad simplemente... organizada. Como aprendices ingenuos, creemos que nuestras palabras presan sin más el rigor de la idea. Nos sorprendemos, como aprendices, a recibir la perplejidad de nuestro interlocutor: nos damos cuenta que no resulta tan evidente nuestra idea, y eso enciende nuestra resistencia.

Tampoco le agrada a nadie sentirse viejo o inactual. Nos resistimos a la sensación de haber perdido el tren y entonces pretendemos garantizar nuestra vida con un apresurado baño en el último vocabulario. Como niños, llegamos a creer distinta nuestra escuela porque en ella se habla de tutorías y actitudes, convivencia, orientación y libertad religiosa.

La verdad: necesitamos una escuela mucho más materialista. Pobre, sencillamente.

Los Idearios, los Estatutos, los Proyectos Educativos, son hoy por hoy el mejor sucedáneo de la vida de nuestras escuelas. Son algo así como los hilos de una marioneta: producen en los ingenuos la sensación de que el muñeco vive y habla, cuando en realidad es inerte, se limita a reproducir el gesto de una mano invisible.

El valor está ahí: en la mano invisible que dirige nuestras escuelas más allá de lo que ellas mismas consiguen percibir.

El valor está en el programa, en el contenido, en el método. No sólo en la "confesionalidad" del centro.

El valor está en el lugar real concedido a la convivencia del alumno. En eso tan misterioso o imprevisible que hace al niño sentirse a gusto en la escuela. Ese algo, lo vemos a diario, consiste en la experiencia de trabajar junto a otros, de comprenderse porque comprende a otros, de participar en un lenguaje y en un mundo específico suyo y de otros como él.

En esa realidad ocupa el lugar fundamental la vida en común de los alumnos. El segundo, ya a distancia, pertenece a la relación con el conjunto del profesorado. Y tiene un último lugar el contenido mismo de la asignatura.

Son mentira los Estatutos que lo enmascaran.

* * *

En esta comprensión de las cosas, a primera vista, no queda claro el papel jugado por los contenidos, por las asignaturas. Así, en el apartado anterior hemos dicho a la vez que el valor está en el método-contenido y en el convivir de los alumnos, respecto del cual los contenidos tienen una importancia secundaria.

En este asunto de las asignaturas hay como dos planos. Ocupan prácticamente todo el tiempo de nuestras escuelas y por eso, por su presencia casi total, a veces se nos hace difícil distinguirlos.

El primer plano, el más evidente, se refiere a un conjunto de contenidos de ciencia: teoremas, cadenas de hidrocarburos, cronologías, estética, etc. El segundo plano, subterráneo, se refiere al mé-

todo desde el que se articulan esos contenidos. El método consiste en un modo de entender la vida, que luego se aplica a la organización de cuanto un hombre debe saber para vivir.

Pues bien. El primero de esos dos planos importa bien poco a la hora de vivir el valor. Al alumno, en el fondo, le es indiferente estudiar la matemática "moderna" o la otra, limitar de un modo u otro el conjunto de los datos históricos. Estos contenidos, en cuanto tales, carecen de todo valor. El valor, en cambio, vive en el invaluable segundo plano; desde ahí lo estructura todo y confiere los valores implicados en una visión de la vida a los contenidos de asignaturas concretas.

Este segundo plano, evidentemente, es el que hace posible o no la convivencia de los alumnos.

Cuando el método-valor consiste en la fragmentación y en el análisis, en la fijación artificial de la vida como una muestra de laboratorio, entonces la convivencia será imposible. Entonces el alumno no dedicará su esfuerzo a rendir un examen, ahora llamado evaluación continua, control, etc. Se reirá, amargamente, de tutores y confesionalidades. Buscará su propia vida más allá de las tareas de escuela. Será un competidor y no un compañero.

La dirección de la escuela podrá seguir creyéndose al servicio de los valores de la cultura occidental humanista cristiana.

Cuando el método-valor consista en la implicación de cada persona en la tarea de entender el mundo, entonces la convivencia será posible, exigida para el funcionamiento de la escuela. Entonces el alumno se sentirá comprometido en la satisfacción conjunta del trabajo, responsable individual y colectivo, respetado y respetador de la estructura de su escuela. En su casa dirán oír "que no sale de la escuela en todo el día".

La dirección de la escuela no necesita preocuparse por escribir un ideario ni por su reconocimiento social por parte de las fuerzas vivas de la localidad, región o Estado.

La dirección de esa escuela no necesita preocuparse por el carácter cristiano de su trabajo.

Implicarse en la construcción de una visión del mundo significa que no se permite ninguna distancia entre ser y saber. Significa que se pone en relación la esperanza, la comunicación, el esfuerzo

el dolor... con el contenido de cada asignatura. Significa que no es posible la indiferencia.

* * *

No es utopía. Todos, en los momentos privilegiados de nuestra docencia, lo hemos conseguido.

Todos hemos vivido alguna vez la embriaguez del alumno al encontrarse en tal dato histórico, tal operatividad de una teoría, tal organización de lo colectivo, tal saborear un momento artístico. Y todos sabemos que puede buscarse como situación única de nuestra escuela.

Todos sabemos que, entonces, la religión se hace definitivamente presente al caer en la cuenta el alumno de que su maestro es cristiano. Ese maestro que le ha llevado a implicarse en la ciencia y que de ese modo lleva a toda la clase a sentirse grupo, ese maestro es cristiano.

Entonces el alumno comprende el significado del valor y el de la religión.

Comprende que la religión no es un valor más, sino algo situado más allá de los valores, meta u origen de todo. Comprende que sólo puede hacerse real en una escuela de valores reales, materiales. Comprende que la implicación del ser en el saber contiene la raíz de lo religioso, a la vez que la raíz de la clasificación de todos los valores.

Implicarse supone dar testimonio de pobre, de necesitado, de esperanzado. De que los demás y la ciencia son los lugares donde satisfacer esa esperanza.

Implicarse supone sentar la base de la acogida de Dios: porque El es la fuente de nuestra última esperanza, que sólo apetecerá quien haya aprendido a esperar en sus compañeros de clase y en la sabiduría de los programas.

Por eso no es tan fácil encontrar el valor de lo que uno está haciendo, porque sólo los muy atrevidos y los muy clarividentes son capaces de analizar su propia implicación en su hacer escuela.